

LA CAPILLA GÓTICA.

Se recordará aquella capillita gótica que me enseñó mi guía desde lo alto del Epípoli y que no quise ir á ver detenido por el calor senegámbico que hacia en aquel momento. Aquella capilla pertenecía á la familia de San Floridio. Edificada por un antepasado del marqués actual sirvió especialmente de panteon á la familia. Habia una antigua tradicion sobre la capilla, que no contenia solamente, segun decian, bóvedas mortuorias: se hablaba de subterráneos desconocidos en los que un conde San Floridio se habia refugiado en la época de las guerras con los Aragoneses de España, guerras durante las cuales su patriotismo hubiera hecho le condenasen á muerte. Añade la tradicion que habia permanecido en aquel retiro durante diez años, y habia estado allí bastante bien alimentado por antiguos servidores que con peligro de su propia vida le llevaban cada dos noches á aquel subterráneo de comer y de beber. Veinte veces el conde San Floridio hubiera podido salvarse y llegar á Malta ó á Francia; pero no quiso jamás consentir en abandonar la Sicilia, esperando

siempre que sonaria para ella la hora de la libertad y creyendo que debia estar allí dispuesto á la primera señal.

En 1785 todavía existian dos vástagos varones de aquella familia, el marqués y el conde de San Floridio. El marqués habitaba en Mesina y el conde en Siracusa. El marqués era viudo y sin hijos y no tenia consigo mas que dos criados, una jóven de Catania, llamada Teresina, que habia pertenecido á la servidumbre de su mujer y podria tener diez y ocho á veinte años, y un hombre de treinta años á lo mas, que se llamaba Gaetano Cantarello, último descendiente de aquella raza de fieles servidores que habian dado al marqués una prueba tan grande de abnegacion, y que de padres á hijos habian permanecido en la casa del primogénito de la familia. Este primogénito era el único que conocia el secreto del subterráneo, secreto que trasmitia á su hijo, y que estaba tanto mejor guardado cuanto que de un momento á otro los marqueses de San Floridio, que habian pertenecido constantemente al partido patriota, podian tener necesidad de recurrir de nuevo á aquel asilo, que era imposible descubrir.

Hemos contado al hablar de Mesina el temblor de tierra de 1793 y sus deplorables efectos. El marqués de San Floridio fué una de las víctimas de aquel triste suceso. La techumbre de su palacio se hundió y fué muerto por el golpe de una viga; sus dos servidores Teresina y Gaetano escaparon sin lesion, aunque Gaetano por intentar salvar á su señor, segun se dice, permaneció mas de una hora bajo los escombros de la casa. El conde de

San Floridio que representaba la segunda rama se encontró por esta razon jefe de la familia, y heredó el título y la fortuna de su hermano mayor. Habiendo muerto el marqués en el momento en que menos lo esperaba, se habia llevado consigo el secreto de la capilla; pero, preciso es decirlo, no fué aquel secreto lo que el conde de San Floridio sintió mas, sino una suma de 50 ó 60,000 ducados de plata contante que sabia existian en los cofres del difunto y que, á pesar de repetidas excavaciones, no se llegó á encontrar. El pobre Cantarello estaba desesperado por aquella desaparicion que podian, decia mesándose los cabellos, imputarle. El conde le consoló diciéndole, que la fidelidad de los servidores de la familia era demasiado conocida para que semejante sospecha pudiese alcanzarle; y como pensaba de que lo sentia así, le ofreció ocupase á su lado el empleo que ocupada con su hermano; pero Cantarello respondió, que despues de haber perdido tan buen señor no quería ya servir á nadie. El conde le preguntó entonces si conocia el secreto de la capilla; Cantarello aseguró que no. Una suma considerable ofrecida por el conde en seguida de aquella conversacion fué rehusada por aquel digno servidor, que se retiró á las cercanías de Catania y del que no se volvió á oír hablar mas. El conde de San Floridio entró en posesion de la fortuna de su hermano, que era inmensa, y tomó el título de marqués.

Diez años habian pasado desde este acontecimiento, y el marqués de San Floridio, que habia hecho reedificar el palacio de su hermano, habitaba el verano en Mesina y el invierno en Siracusa; pero ya estoviese en

Siracusa ó en Mesina, jamás dejaba de mandar decir en la capilla de la familia una misa por el descanso del alma del difunto. Esta misa se celebraba á la misma hora en que habia tenido lugar el suceso, es decir, á las nueve de la noche.

Habia llegado el décimo aniversario, que debia celebrarse con la pompa acostumbrada, pero al que debia asistir un nuevo personaje que representa el principal papel en esta historia. Era el jóven conde don Fernando de San Floridio, que habiendo cumplido diez y ocho años, habia concluido sus estudios y habia llegado del colegio de Palermo hacia tan solo algunas dias.

Don Fernando sabia perfectamente que llevaba uno de los mas bellos nombres y que debia heredar una de las mas grandes fortunas de la Sicilia. Así que habia vuelto hecho un verdadero hombre: era un jóven bello, de cabellos negros como el ébano, cuyo color desaparecia desgraciadamente bajo los polvos que en aquella época se llevaban; de negros ojos, nariz griega y dientes de esmalte; llevaba la mano en la cadera, el sombrero un poco ladeado, y demasiado despreocupado y chancéro, como era de moda en aquella época, á expensas de las cosas santas; por lo demás, excelente caballero, fuerte en la esgrima y nadador como un pescado, cosas todas que se aprendian en el colegio de los nobles. Solo que se decia que á estas lecciones clásicas las bellas damas de Palermo habian añadido otras á las que el conde Fernando no se habia aficionado menos que á aquellas, de que tambien se habia aprovechado, por mas que esas lecciones femeninas no estoviesen incluidas en el pro-

gama universitario. Tal era en fin, el conde cuando volvía á Siracusa; jóven, bello, valiente, y en esa edad de ventura en que todos los hombres se creen destinados á convertirse en héroes de alguna novela.

Este era el nuevo personaje que llegó el día aniversario de la muerte del marqués. El padre y la madre del conde habían prevenido tres días antes á su hijo estuviera preparado para esta fúnebre ceremonia. Don Fernando, que gustaba poco de las iglesias, y que, como hemos dicho, era algo volteriano, hubiera deseado poderse dispensar de aquel sacrificio; pero comprendió que no había medio de sustraerse á aquel deber de familia, y que cualquiera escapatoria de ese género, tratándose de un tío del que se había heredado cien mil libras de renta, sería un paso inconveniente. Por otra parte, esperaba que la ceremonia atraería á la capillita, por mas aislada que estuviese, á alguna linda dama de Siracusa ó á alguna bonita aldeana de Belvedere, y que de este modo la toilette que se veía obligado á hacer en aquella triste ocasion no sería perdida del todo. Don Fernando se plegó, pues, de bastante buen grado á las circunstancias, y despues de haber dejado á sus padres en su litera, saltó tan resueltamente en la suya, como si se tratase para él de ir á figurar en un torneo.

Digamos algo, aunque de paso, de esta encantadora manera de viajar. No hay en Sicilia mas que tres modos de locomocion: el carruaje, la mula ó la litera.

El carruaje es en la antigua Trinaeria lo que en todas partes, á no ser que se ha conservado allí una forma de carroza que haría brillar de gozo los ojos del

buen duque de San Simon, si para castigar los pecados de nuestra época, permitiera Dios que volviera á este mundo. Las carrozas han sido hechas para las calles por donde se puede pasar en carroza y para los caminos por donde se puede viajar en carruaje; hay en cada ciudad mas ó menos de esas calles practicables, y de las que yo no podría decir el nombre. En cuanto á los caminos, son mas fáciles de contar: uno hay que va de Mesina á Palermo y *vice versa*. Resulta de aquí que cuando se viaja fuera de esta línea es preciso ir en mula ó en litera.

Todo el mundo sabe lo que es ir en mula, y no tengo necesidad de extenderme sobre ese modo de viajar; pero es bastante general ignorar lo que es ir en litera, á lo menos tal como se entiende en Sicilia.

La litera es una gran silla de manos, construida generalmente para dos personas, que en lugar de estar sentadas tocándose por los brazos, como en nuestros cupés modernos, están colocadas frente á frente como en nuestros antiguos *vis-à-vis*. Esta litera está sostenida sobre una doble angarilla, que se coloca en el lomo de dos mulas: un criado conduce la primera, y el segundo no tiene mas que seguirle. Resulta de aquí que el movimiento de la litera, sobre todo en un país tan quebrado como la Sicilia, corresponde bastante exactamente al movimiento de balanceo de un buque, y causa tambien el mareo como en el mar. Así generalmente se toma horror á las personas con quienes se viaja de esta manera. Al cabo de una hora de esta locomocion, disputa uno con su mejor amigo, y al fin de la primera

jornada se desafia uno á muerte. Damon y Pitias, esos antiguos modelos de la amistad, si hubieran salido de Catania en litera, se habrian desafiado y batido al llegar á Siracusa, y se habrian degollado fraternalmente ni mas ni menos que Eteocle y Polinice.

El marqués y la marquesa bajaron de la litera disputando entre sí y sin que el uno pensase en ofrecer la mano á la otra, de suerte que la marquesa se vió obligada á llamar á sus criados para que la ayudasen á bajar.

En cuanto al jóven conde, saltó muy listo de la suya, sacó un bonito espejo de su bolsillo para asegurarse de que su peinado no se habia desarreglado, ajustó su levita, colocó aristocráticamente su sombrero bajo el brazo izquierdo, y entró en la pequeña iglesia siguiendo á sus nobles padres.

Contra lo esperado por el jóven conde, á excepcion del sacerdote, del sacristan y los monaguillos, no habia nadie absolutamente en la capilla. Arrojó una mirada de disgusto por los lados, dió irreligiosamente tres ó cuatro vueltas por la iglesia, y hallándose bastante incómodo de rodillas, concluyó por sentarse en un confesionario, donde, predispuesto como estaba al sueño por el movimiento de la litera, no tardó en dormirse.

El conde dormia como se duerme á los diez y ocho años. Así que el Oficio de difuntos se cantaba sin que fagot, órgano, ni *De profundis* le despertasen. Terminado el Oficio de difuntos, la marquesa le buscó por todas partes y aun le llamó en voz baja; pero el marqués, de mal humor aun por su viaje, se volvió hácia su mu-

jer y la dijo que su hijo no era mas que un libertino que habia educado mal por su excesiva debilidad de madre, y que sabia muy bien que si se habia perdido no era en la iglesia donde seria preciso buscarle. La pobre madre nada tenia que responder á esto: la ausencia del jóven en circunstancia tan solemne, deponia contra él; bajó la cabeza y salió de la capilla. En seguida el marqués salió tambien y cerró la puerta con llave, y los dos subieron á la litera para volver á Siracusa. La marquesa echó una rápida mirada á la litera de su hijo, esperando encontrarle en ella; pero se engañaba, la litera estaba completamente desocupada. Mandó entonces á los conductores esperasen hasta que volviese su hijo, pero el marqués sacó la cabeza por la portezuela, diciendo que puesto que su hijo habia tenido á bien separarse sin decir á dónde iba, volveria á pié, lo que por otra parte no era un gran castigo estando la capilla á la distancia de una legua escasa de Siracusa. La marquesa, que estaba acostumbrada á obedecer, subió resignada á la litera conyugal, que se puso al instante en camino, seguida de la litera desocupada.

Al entrar en palacio se informó en secreto del conde, y supo con cierta inquietud que no habia vuelto á parecer. Sin embargo, aquella inquietud se calmó bien pronto cuando recordó que el marqués tenia una casa de campo en Belvedere, y que segun todas las probabilidades, reflexionando su hijo que dadas las once Siracusa cerraba sus puertas bajo pretexto de ser plaza de guerra, iria á dormir á aquella casa de campo.

Pero, como sabe el lector, no habia nada de esto. El

conde de San Floridio no se habia extraviado, como pensaba el marqués, ni habia ido á dormir á Belvedere, como esperaba la marquesa. Dormia magnificamente en su confesonario, soñando que la princesa de M..., la mas linda dama de Palermo, le daba frente á frente una leccion de natacion en los baños de la Favorita, y roncando á satisfaccion con aquel dulce sueño.

A las dos de la madrugada se despertó, extendió los brazos, bostezó, se restregó los ojos, y creyéndose en su cama quiso cambiar de postura, pero chocó rudamente su cabeza en un ángulo del confesonario. Tan rudo habia sido el choque, que el jóven conde abrió desmesuradamente los ojos y se despertó de repente. Al principio miró con asombro á su alrededor, no teniendo idea alguna del lugar en que se hallaba; poco á poco fué volviéndole su memoria; recordó el viaje de la vispera, su desagrado al entrar en la capilla, y en fin, el momento de dejadez y de fastidio que le habia conducido al confesonario, donde se habia quedado dormido y donde se despertó. Luego adivinó lo demás; comprendió que sus padres no viéndole junto á sí, habian vuelto á Siracusa y le habian dejado, á no dudarlo, en la capilla. Fué á la puerta y la halló herméticamente cerrada, lo que le confirmó en aquella suposicion; entonces sacó de su bolsillo un reloj de repeticion, le hizo dar, se aseguró de que eran las dos y media de la mañana, pensó muy juiciosamente que las puertas de Siracusa estaban cerradas, y que todo el mundo estaba acostado en el castillo de Belvedere, lo que no le dejaba otra alternativa que pasar la noche al sereno. Viendo

qu á todo turbio correr, si se estaba peor en un confesonario que en la cama, se estaria siempre mejor en él que en algun surco, volvió á posesionarse, pues, de su improvisada alcoba, se acomodó en ella lo mejor que pudo, y cerró los ojos, á fin de volver á tomar lo mas pronto posible aquel agradable sueño cuyo hilo habia sido interrumpido momentáneamente.

Habia caido poco á poco el conde en aquella especie de crepúsculo interior en que ni es ya de dia ni tampoco es todavía de noche para la imaginacion, cuando el oido, ese sentido que se duerme el último, le transmitió vagamente el ruido de una puerta que abrian y que al abrirse crujian sus goznes. Se incorporó al punto el conde, dirigió sus miradas á la iglesia, y vió á un hombre que llevaba una linterna en la mano, inclinado delante del altar lateral mas próximo al confesonario en que él estaba. Casi al mismo tiempo aquel hombre se enderezó, aproximó la linterna á su boca y la dió un soplo; despues, embozándose en esa capa medio italiana medio española, que los sicilianos llaman un *ferrajolo*, atravesó la iglesia en toda su longitud, apagando el ruido de sus pasos todo lo que le fué posible, pasó tan cerca del conde que don Fernando hubiera podido tocarle extendiendo el brazo, avanzó hácia la puerta de salida, la abrió, y desapareció cerrándola con llave.

Don Fernando habia permanecido en su puesto mudo é inmóbil, parte por el temor, parte por la sorpresa. Nuestro jóven conde no era una de esas almas de hierro que se encuentran en los romances, uno de esos héroes que, como Nelson, preguntan á los quince años qué es

el miedo. No, era simplemente un jóven valiente y aventurero ; pero supersticioso, como se es en general en Sicilia, ó como sucede en cualquier otra parte cuando se encuentra uno de noche solo en una capilla solitaria con sepuleros bajo los piés, un altar delante de sí, Dios por encima de la cabeza y el silencio al rededor. Así, aunque don Fernando llevó la mano desde luego á su espada á fin de defenderse contra aquella aparicion, cualquiera que fuese, vió sin disgusto, sorprendido, como habia sido de pronto, en medio de un agradable sueño, pasar aquella aparicion cerca de él sin dar señales de verle. Al primer aspecto creyó tener que hárselas con algun ser fantástico, con alguno de sus abuelos, que descontento de la parcialidad con que se concedia una misa anual al último marqués difunto salia pacíficamente de su tumba para venir á reclamar el mismo favor. Pero cuando el ser misterioso habia aproximado la linterna á su boca para apagarla, la luz que proyectaba habia iluminado su fisonomía y el conde habia reconocido perfectamente en el personaje de la capa un hombre de alta estatura, de edad de cuarenta á cuarenta y cinco años, á quien su barba y bigotes negros daban, así como sin duda la preocupacion interior que le agitaba, una fisonomía sombría y sévera. Sabia, pues, á qué atenerse en este punto y estaba convencido que acababa de encontrarse con otro ser de la misma especie, si no de su mismo rango. Esta conviccion era ya alguna cosa ; pero no lo bastante para tranquilizar completamente al conde : un hombre desconocido no penetraba así en una capilla donde evidentemente nada tenia

que hacer, sin alguna idea mala. Debemos, pues, confesar que el corazon del jóven conde latia violentamente cuando vió pasar á aquel hombre á dos pasos de distancia ; y aquellos latidos que probaban, fuese cualquiera la causa, una sobreexcitacion violenta no cesaron sino diez minutos despues de haberse cerrado la puerta y cuando don Fernando se aseguró que estaba completamente solo en la capilla.

Se comprende, que ya no trató el jóven de dormirse ; perdido en un mundo de conjeturas pasó el resto de la noche con la vista y el oído atentos tratando de dar una base algo sólida á los edificios que sucesivamente edificaba su imaginacion. Entonces fué cuando recordó aquella tradicion de la familia en la que se hablaba de un subterráneo, en donde un marqués de San Floridio, proscrito y sentenciado á muerte, habia permanecido oculto cerca de diez años ; pero sabia tambien que su tio habia muerto sin tener tiempo de confiar á nadie el secreto del subterráneo. Sin embargo, este recuerdo, por mas incompleto é incoherente que fuese, era un rayo de luz en medio de la noche que rodeaba al jóven conde : pensó que aquel secreto que creia encerrado en una tumba, podia muy bien haber sido descubierto por la casualidad. La primera consecuencia de esta nueva idea, fué que el subterráneo habia llegado á ser la guarida de una compañía de bandidos y que habia tenido el honor de hallarse frente del capitán ; pero bien pronto don Fernando reflexionó que hacia mucho tiempo no habia oído hablar de ningun robo considerable ni de asesinato alguno de importancia en las cercanias. Habia

habido, como siempre, algunos robos de bolsillos y de carteras, algunas cuchilladas por uno ú otro sitio, que una ó dos veces á la semana interrumpian el sueño del capitán vigilante; pero nada de todo esto probaba que hubiese una compañía organizada, permanente y mandada por un jefe tan resuelto, como parecía serlo el hombre de la capa: era, pues, preciso abandonar esta hipótesis.

Sin embargo, mientras que el joven conde hacia y deshacia mil conjeturas, el tiempo pasaba y los primeros rayos del día comenzaban á aparecer; pensó que si quería mas tarde profundizar aquella extraña aventura, sería preciso que no se dejase ver en los alrededores de la capilla. En consecuencia, aprovechándose del crepúsculo que había todavía, subió con la ayuda de muchas sillas á una ventana y la abrió, se dejó deslizar por fuera, cayó sin accidente desde una altura de ocho ó diez piés, entró en Siracusa en el momento en que se abrían las puertas, y mediante dos onzas el conserje le prometió decir al marqués y á la marquesa que había vuelto la vispera, como una media hora despues que ellos.

Gracias á esta precaucion pasaron las cosas como el joven conde había deseado; y cuando bajó para almorzar, el marqués se dió por satisfecho con tal facilidad con la excusa que su hijo le dió por su desaparicion de la vispera, que conoció perfectamente que su padre engañado por el conserje sobre el tiempo que aquella había durado no la daba sino una mediana importancia.

No fué así la marquesa; había velado hasta el día y había oido entrar á su hijo; pero se guardó muy bien de decir una palabra sobre esta escapatoria por temor de que su querido don Fernando no fuese reprendido. Por otra parte siempre hay en las primeras ausencias nocturnas de un hijo alguna cosa que hace sonreír el amor propio de una madre.

Hallándose en su habitacion y en seguida en su lecho, don Fernando había esperado al principio indemnizarse de la interrupcion causada en su sueño por el hombre misterioso; mas apenas hubo cerrado los ojos, aquella aparicion se había reproducido en su memoria, y á pesar de la fatiga de que estaba rendido el joven, el sueño había constantemente huido lejos de él. Don Fernando no había hecho, pues, mas que pensar en su aventura nocturna cuando llegó la hora de almorzar y se había visto obligado á bajar.

Hemos dicho que el almuerzo pasó para don Fernando tan bien como hubiera podido esperar; así, animado por la indulgencia de su padre, el conde habló con una aparente indiferencia de ir á cazar en los Pantanelli. El marqués no puso ningun impedimento á aquel proyecto, y despues del almuerzo el conde armado con su escopeta, seguido de su perro, y provisto de la llave de la capilla, marchó prometiendo á su madre traerla un plato de gallinetas para su comida.

El conde atravesó los Pantanelli para tranquilizar su conciencia, y á fin de que se manchasen de lodo sus botines y su perro, tiró dos ó tres gallinetas que erró; llegado cerca de la capilla tomó derecho hácia la puerta,

la abrió y la cerró tras de sí sin haber sido visto. La cosa no tenia nada de asombroso : era la una de la tarde, y á la una de la tarde, á menos de ser trasformado en largato como Stello por Ceres, no es costumbre en Sicilia de recorrer los campos.

A pesar de la pequeñez de las ventanas y de lo opaco de la luz que penetraba á través de vidrios de colores, habia suficiente luz en lo interior de la capilla para que don Fernando pudiese entregarse á sus investigaciones. Comenzó por ir derecho al confesonario, donde se habia quedado dormido : desde allí miró hácia el altar delante del que habia visto inclinarse al hombre de la capa. Entonces fué al altar y buscó por los dos lados por ver si se encontraba una salida cualquiera, mas nada vió. Sin embargo á la derecha del tabernáculo su perro olfateaba obstinadamente la pared, como si hubiera reconocido una pista y miraba á su amo exhalando aullidos sordos y prolongados. Don Fernando, que conocia el instinto de aquel animal fiel, ya no dudó que el desconocido habia salido por aquella parte de la pared ; pero despues de examinar con cuidado, no vió señal de una salida cualquiera, de modo que despues de una hora de inútiles investigaciones salió don Fernando de la capilla desesperando de descubrir, por los medios ordinarios, el misterio que encerraba.

Al salir de la capilla, el jóven condese habia ya fijado en el único partido que le quedaba por tomar ; y era, encerrarse de nuevo de noche en la capilla, espiar al hombre de la capa, y con ayuda de la oscuridad sorprender su secreto. Este proyecto necesitaba ciertos ar-

reglos preparatorios y una independenciam y libertad, que don Fernando no podia esperar en Siracusa, colocado como estaba, bajo la doble vigilancia del marqués y de la marquesa ; así, su plan fué prontamente fijado.

Al volver, pasó de nuevo por los pantanos donde habia caza abundantísima, y como el jóven era buen tirador cuando no era sorprendido por distraccion alguna en el momento de disparar, bien pronto hizo un honroso acopio de gallinetas, zarcetas y codornices. Al volver á su casa, depositó el producto de su cacería á los piés de su madre, y declaró que se habia divertido tanto en la excursion que acababa de hacer, que con el permiso del marqués y de la marquesa pensaba pasar algunos dias en Belvedere á fin de poderse entregar, sin distraccion y con toda comodidad, al placer de la caza. El marqués, que se acomodaba muy fácilmente á todo siempre que él no debiese ir y que no fuera ó que no hubiese ido en litera, respondió que no veia inconveniente en ello. La marquesa intentó hacer algunas observaciones sobre aquella diversion ; pero el marqués respondió que, por el contrario, la caza era un placer enteramente aristocrático y que le parecia convenir perfectamente á un noble. El mismo añadió se habia entregado á ella en su tiempo y para sus antepasados habia sido un ejercicio favorito. Por otra parte, en la misma antigüedad la caza estaba especialmente reservada á los caballeros de las mejores casas, testigo Meleagro que era hijo de Venus y rey de Calydon. Hércules que era hijo de Jupiter y de Semele, y en fin, Apolo que era hijo de Júpiter y

de Latona, es decir, de dios y de diosa, no tenia ninguna mancha en sus cuarteles paternos y maternos, de modo que hubiera podido, como él, marqués de San Floridio, ser en justicia caballero de Malta. El marqués sabia bien que habia una gran distancia de la serpiente Pyton, del leon de Nemea y del jabali de Calidonia á las gallinetas, á las codornices y á las zarcetas; pero en todo caso, su hijo, por valiente que fuese, no podia matar sino lo que encontraba, y si por casualidad su perro levantaba un monstruo cualquiera, estaba cierto de que don Fernando le daria la muerte.

La pobre madre nada tenia que responder á tan sabia arenga; así que se contentó con suspirar, abrazar á su hijo y recomendarle fuera prudente.

La misma noche, don Fernando se habia instalado en la casa de campo del marqués de San Floridio, la cual estaba situada á quinientos pasos escasos de la capilla gótica, que era una dependencia de ella.

Por mas deseo que tuviese el jóven de renovar en el momento su nocturna experiencia, forzoso le fué esperar al dia siguiente. Le era preciso conocer las localidades, procurarse la llave de la puerta del parque y tomar algunos informes en la vecindad.

Los informes no tuvieron resultado. Recordaban, con efecto, haber visto venir de tiempo en tiempo á Belvedere un hombre, cuyas señas correspondian á las que daba el conde; pero no se conocia á aquel hombre. Sin embargo, el jardinero prometió adquirir noticias exactas sobre aquel extranjero.

Llegada la noche, salió don Fernando por la puerta

del jardin, armado con su espada y un par de pistolas, se encaminó solo hácia la capilla, se encerró allí, se acomodó en el confesonario, se instaló en él como un centinela en su garita, y veló hasta el dia sin ver de nuevo la aparicion ni ningun otro suceso que diese señal de ello.

El dia siguiente y los otros dos por la noche, el conde renovó la misma experiencia sin obtener resultado. Comenzó á creer don Fernando que habia sido un sueño y que su perro habia olfateado la pista de algunos ratones.

Sin embargo, don Fernando no se daba por vencido y pensaba pasar todavía la noche siguiente en su puesto ordinario, cuando su madre le envió á decir que habiendo sabido que su hermana, abadesa del convento de las Ursulinas de Catania, estaba enferma de gravedad, desearia hacerla una visita, y le rogaba la sirviese de caballero. Don Fernando, por mas dueño absoluto de su voluntad que fuese, estaba educado en las tradiciones del respeto aristocrático á sus padres. Recomendó al jardinero que en su ausencia observase con cuidado si el hombre de la barba negra volvia á Belvedere, y partió al punto para ir á ponerse á disposicion de la marquesa.

La marquesa partió á la mañana siguiente; pensaba ir con su hijo en litera, pero don Fernando, que aborrecia aquel medio de locomocion, pidió el permiso de acompañar á su madre á caballo. El permiso le fué concedido, no siendo la equitacion, segun decia el marqués, un ejercicio menos aristocrático que la caza,

y haciendo parte de los que esencialmente convienen á la educacion de un noble.

La marquesa y el conde partieron á la hora prefijada acompañados de sus *campieri*. Cuando se aproximaban á Milliti, vió el conde salir un hombre á caballo, que por el camino que llevaba debia necesariamente pasar junto á él en direccion contraria. A medida que aquel hombre se aproximaba, le miraba don Fernando con mas atencion, le parecia reconocer en él al hombre de la capa : cuando estuvo á veinte pasos de él, ya no le quedó duda.

Veinte proyectos á cual mas insensatos cruzaron en el instante por la imaginacion del jóven : queria ir derecho al desconocido, ponerle la pistola á la garganta, y hacerle confesar qué era lo que habia venido á hacer en la capilla de su familia : queria seguirle de lejos, y en llegando á Belvedere hacerle detener, ó esperar la noche, volverse á toda rienda, y ocultarse de nuevo en el confesonario para sorprenderle : luego examinaba unas despues de otras las dificultades, ó mas bien imposibilidades de aquellos diversos planes, y reconocia que no solo eran impracticables, sino que en cambio le impedian llegar á su destino. En esto el hombre de la capa habia pasado.

Don Fernando, que se habia quedado atrás, inmóvil en el camino, como si él y su caballo estuviesen petrificados, fué distraido de sus reflexiones por uno de los *campieri* de su madre que iba á preguntarle de parte de la marquesa la causa de aquella extraña detencion bajo un sol de treinta y cinco grados. Don Fernando

respondió que examinaba el paisaje, que desde el punto en que se hallaban le parecia de lo mas pintoresco ; y arrimando la espuela á su caballo, volvió á reunirse á la litera de la marquesa.

Sin embargo, una cosa tranquilizaba á don Fernando ; que las visitas del desconocido á la capilla de su familia eran sin duda periódicas, y que habiendo trascurrido seis dias desde la última que habia hecho hasta la que él suponía iba á hacer aquella noche misma, no tenia mas que aguardar otros seis dias para verle reaparecer. Continuó, pues, su camino, un poco tranquilizado con aquella probabilidad, que la confiada imaginacion del jóven no tardó en convertir en realidad.

Al llegar á Catania, la marquesa halló á su hermana infinitamente mejor. La venerable abadesa, habiendo recibido al arzobispo de Palermo á su paso por Catania, le habia ofrecido una espléndida comida, y habia tenido, por hacerle honor, una indigestion de merengues y dulces. La intensidad del mal habia sido tan grande, que al principio se creyeron amenazados los dias de la abadesa, y se habian apresurado á escribir á la marquesa ; pero la enfermedad habia cedido bien pronto á los remedios que la ciencia la habia opuesto, y la digna abadesa estaba en aquel momento fuera de peligro.

Don Fernando, en su cualidad de sobrino de la superiora, habia sido recibido en el recinto donde no se admitia á los profanos y reservado únicamente á las ovejas del Señor. Jamás el conde habia visto tal reunion de ojos negros y blancas manos : al principio se aturdió hasta el punto de no saber á cuál dirigirse : por su parte

las monjas jamás habían visto sino á través de la reja pel locutorio un caballero tan elegante, y las santas hijas estaban en movimiento. En fin, al cabo de dos ó tres días, había habido ya mucho cambio de miradas con las mas lindas, y muchos billetes deslizados en las manos de las menos severas : cuando la marquesa anunció á su hijo que estuviera pronto á la mañana siguiente para volver con ella á Siracusa, la nueva de aquella partida vino á arrancar al conde á sus sueños de oro, é hizo derramar muchas lágrimas en el convento. Pero don Fernando prometió á su tia, habiéndola visto por primera vez y habiéndola tomado mucho afecto desde la primera visita, que volveria á verla en cuanto le fuese posible. Esta promesa corrió al momento por la santa comunidad, y cambió la desesperacion de la marcha en una dulce melancolía.

En Catania, en el convento dirigido por su venerable tia, en medio de todos aquellos ojos sicilianos, los mas bellos ojos del mundo, don Fernando acaso hubiera olvidado el misterio de la capilla ; pero una vez de vuelta á Siracusa, no pensó ya en otra cosa : pretextó una recaída en la pasion por la caza, y corrió de nuevo á instalarse en el castillo de Belvedere.

El hombre de la capa había vuelto á aparecer, y el jardinero, prevenido esta vez, le había seguido la pista y había tomado nuevos informes ; estos informes, por lo demás, se reducian á muy vagas luces. Del nombre del hombre de la capa nada se sabia absolutamente ; únicamente que se le conocia como un personaje muy caritativo, que cada vez que iba á Belvedere hacia numerosas

limosnas. Se detenia ordinariamente en la casa de un aldeano llamado Rizzo. El jardinero había ido á casa de este aldeano y había preguntado á toda la familia, mas no había sabido nada, sino que el hombre de la capa, en diferentes ocasiones, les había hecho algunas visitas bajo el pretexto de informarse de la habitacion de los mas pobres habitantes de Belvedere. Muy á menudo les había encargado comprar alimentos de varias clases, como pan, jamon y frutas, los que él mismo distribuia á los necesitados. Dos ó tres veces únicamente había ido acompañado de un jovencito envuelto en una larga capa, y que cada vez estaba mas triste. A pesar del cuidado que tenia en ocultarle, los aldeanos habían creido reconocer en aquel jóven una mujer, y habían dado broma al hombre de la capa por su buena suerte ; pero el desconocido había llevado á mal la broma, y había respondido con un tono que no admitia réplica, que el que le acompañaba y tenían por mujer, era un colegial de beca, pariente suyo, que no podia acostumbrarse á vivir en el seminario, y á quien hacia salir de vez en cuando para que se distrajera algo.

Hacia unos quince dias que el desconocido había llegado á casa de los Rizzo con aquel jovencito ó aquella jóven, porque á pesar de la explicacion dada por el hombre de la capa, continuaban conservando dudas sobre el sexo del personaje.

Todo esto, como se comprende bien, lejos de amortiguar la curiosidad del jóven conde, no hizo sino excitarla mas y mas : así desde la noche siguiente estuvo en su puesto ; pero ni aquella noche ni la siguiente vió

aparecer al que aguardaba. En fin, la tercera noche, la séptima que había trascurrido desde su encuentro en el camino, sintió la puerta de entrada rodar sobre sus goznes y cerrarse en seguida; un instante después brilló de repente una linterna como si se hubiese encendido en la iglesia misma: aquella linterna, como la primera vez, se aproximó al confesonario, y á su luz don Fernando reconoció al hombre de la capa. Aquel hombre marchó derecho al altar, levantó el escalon que formaba el último de sus tres escaleras, y cogió un objeto que don Fernando no pudo distinguir, se aproximó á la pared, pareció que introducía una llave en su cerradura, entreabrió una puerta secreta que, practicada entre dos pilastras, hacía mover un cuadrado de sillería, cerró aquella puerta detrás de sí y desapareció.

Aquella vez don Fernando estaba bien despierto; no le quedaba duda, no era una vision.

Don Fernando reflexionó entonces sobre la conducta que debía seguir. Si hubiese sido de día, si hubiese tenido testigos para aplaudir su valor, si hubiese estado excitado por un movimiento de orgullo cualquiera, hubiera esperado á aquel hombre á su salida, hubiera ido derecho á él, y espada en mano le hubiera pedido la explicacion de aquel misterio. Pero estaba solo, era de noche, nadie estaba allí para aplaudir su caballeresca manera de ponerse en guardia: don Fernando escuchó la voz de la prudencia. Por tanto hé aquí lo que la prudencia le aconsejó.

El desconocido estaba arrodillado delante del altar y había levantado una piedra; de debajo de aquella pie-

dra había tomado un objeto, que debía ser una llave, puesto que con aquel objeto había abierto una puerta. Sin duda al salir depositaria la llave en el sitio donde la había tomado, y se alejaría de nuevo por siete ú ocho dias. Lo mejor que podía hacer el conde era, pues, esperar á que se marchase, tomar la llave, abrir la puerta á su vez, y penetrar en el subterráneo.

Este plan era tan sencillo, que no debe causar admiracion se ocurriese á la imaginacion de don Fernando, ni de que su imaginacion se fijase en él. Eso no impedía, como podrian presumir algunas imaginaciones aventureras, que don Fernando fuese un jóven muy valiente y muy caballeresco; pero, como hemos dicho, nadie le veía, y la prudencia vencía al orgullo.

Así esperó cerca de dos horas sin ver aparecer á nadie. Las cuatro de la madrugada acababan de dar, cuando por fin la puerta se volvió á abrir: el hombre de la capa salió con la linterna en la mano: se acercó de nuevo al altar, levantó la piedra, ocultó la llave, volvió á ajustar el escalon, de manera que fuese imposible conocer que se levantaba ó bajaba á voluntad; pasó de nuevo á un palmo de don Fernando, apagó su linterna como había hecho la primera vez, y salió, cerrando la gran puerta de entrada y dejando solo á don Fernando en la iglesia, y casi dueño de su secreto.

Por más impaciencia que tuviese el jóven conde de concluir aquella extraña aventura, como no había tenido la precaucion de proveerse de una linterna, forzosamente le fué esperar el día. Por otra parte, cada minuto de retraso daba al hombre de la capa suficiente tiempo de

alejarse, y á don Fernando una probabilidad más de no ser sorprendido.

Los primeros rayos del día se deslizaron en fin á través de los vidrios de colores de la capilla: don Fernando salió de su confesionario, se aproximó al altar, levantó el escalon, que cedió á su impulso como habia cedido al del desconocido; pero no halló nada de lo que buscaba. En fin, en una excavacion vió un boton de madera del que tiró hácia sí, y que dejó caer en su mano una llavecita redonda semejante á una llave de piano: la cogió; la examinó con cuidado, volvió á colocar el escalon en su sitio, se aproximó á su vez á la pared, y guiado por esta vez de la certeza, descubrió al cabo en el ángulo de la pilastra un agujerito redondo casi invisible por la sombra que proyectaba la columna. Al instante introdujo en él la llave y la puerta giró sobre sus goznes con una facilidad que su solidez hacia sorprendente: vió entonces una galería oscura, cuya humedad llegó hasta él, y le enfrió. Por lo demás, ni un rayo de luz ni un ruido.

Don Fernando se detuvo. Era demasiado imprudente aventurarse así bajo aquella bóveda; una trampa abierta en el camino podia castigar cruelmente por su curiosidad al indiscreto indagador. Habiendo cerrado la puerta y satisfecho de aquel principio del descubrimiento, volvió á entrar en el castillo, decidido á proveerse de una linterna para la noche siguiente, y á llevar su investigacion hasta el fin.

Don Fernando pasó todo el día en una agitacion fácil de comprender; veinte veces hizo venir al jardinero

para hacerle preguntas: y siempre, como si tuviese que decir alguna cosa que ya no hubiese dicho, el buen hombre le repetia lo que ya le habia referido, añadiendo, sin embargo, que el hombre de la capa habia sido visto la vispera en la aldea. Esto estaba perfectamente en consonancia con la aparicion de la noche, y afirmó á don Fernando en la opinion que tenia ya, que era el mismo hombre que habia visto en la capilla.

A las diez, salió don Fernando del castillo con una linterna sorda, iba armado de un par de pistolas y de una espada. Entró en la capilla sin encontrar á nadie en el camino, levantó de nuevo el escalon, encontró la llave en su lugar, abrió la puerta y vió la galería oscura. Esta vez, armado de su linterna, se aventuró en ella animosamente. Mas apenas hubo andado veinte pasos encontró una escalera, y al pié de la escalera una puerta cerrada, cuya llave no tenia. Don Fernando, irritado con aquel inesperado obstáculo, meneó la puerta para ver si se abria. La puerta permaneció inmóvil, y el jóven conde comprendió que sin una lima y una tenaza no habia medio de hacer saltar la cerradura. Por un momento se le ocurrió llamar; pero como verídicos historiadores debemos confesar que en el momento de gritar se detuvo con un estremecimiento involuntario; tan misterioso y terrible le parecia todo en semejante situacion, aun el ruido de su propia ira.

Salió, pues, lentamente de la galería, cerró la puerta, metió la llave en el sitio acostumbrado y volvió á tomar el camino del castillo para procurarse allí una lima y una tenaza.

En el camino encontró á un hombre que no pudo reconocer en la oscuridad; por otra parte, al verle, el hombre habia ido por el otro lado del camino, y cuando don Fernando avanzó hácia él, en lugar de esperar, el transeunte se dirigió á la derecha y desapareció como una sombra en los papiros y en los juncos que costeaban el camino.

Don Fernando continuó su camino sin fijarse mucho en aquel encuentro, muy semejante á otros: en todos los caminos de Sicilia hay allí una porcion de gentes que por la noche, cuando no se hacen las encontradizas, no quieren ser encontradas. Sin embargo, por lo que habia podido ver el jóven conde, aquel hombre que acababa de encontrar estaba envuelto en una gran capa semejante á la que llevaba el hombre de la capilla. Pero ofreciéndose aquella sospecha á la imaginacion de don Fernando, sintió el efecto de un nuevo aguijon que le impelia á llevar á cabo el negocio aquella misma noche. Don Fernando se habia hecho á sí mismo hacia algunos dias una porcion de concesiones que algunas veces miraba como demasiado prudentes. Decidió, pues, concluir aquella vez, y no retroceder delante de nadie.

Don Fernando no halló ni lima ni tenaza; pero puso la mano sobre un alicate, lo que venia á ser lo mismo, á no ser que en lugar de abrir la segunda puerta fuese preciso derribarla. Al punto á que habia llegado, poco le importaba, como se comprenderá, la manera de que cediera aquella puerta, con tal que cediese. Armado de este nuevo instrumento, y despues de renovar la bujía

de su linterna, don Fernando volvió á tomar el camino de la capilla.

Todo aparecia en el mismo estado que él lo habia dejado. La puerta de entrada estaba cerrada con dos vueltas como él la habia cerrado. El conde entró en la iglesia, se aproximó al altar, levantó el escalon, tiró del boton, le meneó; pero en vano, ya no habia allí llave: sin duda, el desconocido habia vuelto en su ausencia y estaba en aquel momento en el subterráneo.

Aquella vez, ya lo hemos dicho, don Fernando estaba decidido á no retroceder delante de nada: se levantó pálido, pero tranquilo; examinó los pistones de sus pistolas, se aseguró de que su espada salia libremente de la vaina y avanzó hácia la pared para escuchar por si se percibia algun ruido; pero en el momento en que aproximó su oido en el agujero, la puerta se abrió y don Fernando se encontró cara á cara con el hombre de la capa.

Los dos dieron instintivamente un paso atrás iluminándose mutuamente con la linterna que cada uno de ellos tenia en la mano. El hombre de la capa vió entonces que aquel con quien tenia que habérselas era casi un niño y una sonrisa desdeñosa vagó por sus labios. Don Fernando vió esta sonrisa, comprendió la causa de ella, y resolvió probar al desconocido que se engañaba en su juicio, y que era un hombre.

Hubo un momento de silencio durante el cual los dos sacaron sus espadas, porque el desconocido tenia una espada bajo su capa; pero no tenia pistolas.

— ¿Quién sois, caballero? preguntó imperiosamente

don Fernando, rompiendo el primero el silencio, ¿y qué venis á hacer á estas horas en esta capilla?

— Y vos mismo, ¿que venis á hacer aquí, caballero? dijo el desconocido con una sonrisa burlona; ¿y quién sois, si teneis á bien, para hablarme con ese tono?

— Yo soy don Fernando, hijo del marqués de San Floridio, y esta capilla es la de mi familia.

— ¡Don Fernando, hijo del marqués de San Floridio! replicó el desconocido con asombro. ¿Y cómo estáis aquí á estas horas?

— Olvidais que me toca á mi preguntar: ¿Cómo es que os hallais aquí?

— Eso, mi joven señor, replicó el desconocido sacando de la galería, cerrando la puerta y metiendo la llave en su bolsillo, es un secreto que con vuestro permiso conservaré yo solo; porque á nadie pertenece mas que á mí.

— Todo lo que pasa en mi casa me pertenece, caballero, respondió don Fernando; ¡vuestro secreto ó vuestra vida!

Y á estas palabras puso la punta de la espada ante la cara del desconocido, que viendo brillar el acero del joven, le separó vivamente con la suya.

— ¡Oh! ¡oh! replicó el joven conde, que por mas rápido que hubiese sido el movimiento, habia conocido por la manera particular de hacer la parada que su adversario era completamente ignorante en el arte de la esgrima. No sois noble, mi querido amigo, puesto que no sabeis manejar una espada; sois simplemente

un villano, eso es otra cosa. Vuestro secreto ú os hago ahorcar.

El hombre de la capa lanzó un rugido de cólera; sin embargo, despues de haber dado un paso adelante como para arrojarse sobre el conde, se paró y se contuvo.

— Teneos, dijo entonces con bastante sangre fria, teneos, señor conde; yo deseo de todo corazon no molestaros por el nombre que llevais, pero me será imposible si insistis todavía en saber lo que yo he venido á hacer aquí. Retiraos al instante mismo, olvidad lo que habeis visto, cesad en vuestras visitas á esta capilla, juradme sobre ese altar que nadie sabrá jamás que me habeis encontrado aquí. Los San Floridio, lo sé, son personas de honor, y vos cumplireis vuestro juramento. Con esta condicion os dejo vivir.

Entonces don Fernando rugió á su vez.

— ¡Miserable! exclamó, ¡amenazas cuando deberias temblar! ¡preguntas cuando deberias responder! ¿Quién eres? ¿qué vienes á hacer aquí? ¿á dónde conduce esa puerta? Responde ó eres muerto.

Y el conde puso por segunda vez su espada al pecho del desconocido.

Esta vez el hombre de la capa no se contentó con parar, sino que contestó, arrojando lejos de sí su linterna para librarse tanto como fuese posible de los golpes de su adversario; pero don Fernando, extendiendo el brazo izquierdo hácia él, le iluminó con la suya, y una lucha terrible se empeñó entre la fuerza de un lado y la destreza del otro. En frente del peligro, don Fernando

había recobrado su valor : durante algunos segundos se contentó con parar con tanta destreza como sangre fría los golpes inexpertos que le tiraba su enemigo : despues, atacándole á su vez con la superioridad que tenia en las armas, le obligó á retroceder, le arrinconó en una columna, y yéndole, en fin, en la imposibilidad de descomponerse mas, le dió en el pecho tan atroz estocada, que la punta de su acero no solo atravesó el cuerpo del desconocido, sino que fué á embotarse en la columna. Hizo en seguida una retirada sacando su espada de la herida, y poniéndose otra vez en guardia.

Hubo de nuevo un silencio mortal, durante el cual don Fernando, iluminando al desconocido con su linterna, le vió llevar la mano izquierda al pecho, mientras que su mano derecha, que no tenia ya fuerza para sostener su espada, fué bajándose lentamente y dejó escapar su arma : al fin el herido se inclinó lentamente sobre sí mismo, y cayó sobre sus rodillas diciendo :

— ¡ Soy muerto !

— Si estais herido tan gravemente como decís, replicó don Fernando sin moverse, por temor de una sorpresa, creo que no hariais mal en ocuparos de vuestra alma, que no me parece en un estado de completa gracia. Os aconsejo, pues, si teneis algun secreto que revelar, no perdais tiempo ; si es un secreto que yo pueda oír, héme aquí ; si es un secreto que no puede ser confiado mas que á un sacerdote, decid una palabra é iré á buscar uno.

— Si, dijo el moribundo, tengo un secreto, y un se-

creto que os concierne, suponiendo que, como habeis dicho, seais el hijo del marqués de San Floridio.

— Os lo he dicho y lo repito ; yo soy don Fernando, conde de San Floridio, el único heredero de la familia.

— Aproximaos al altar y jurádmelo sobre el crucifijo.

El conde se irritó al principio á la idea de que un villano rehusase creerle bajo su palabra ; pero pensando que debia tener alguna indulgencia con un hombre que iba á morir por causá suya, se aproximó al altar, subió las gradas y prestó el juramento pedido.

— Está bien, dijo el herido ; ahora aproximaos á mí, señor conde, y tomad esta llave.

El jóven avanzó precipitadamente, extendió la mano, y el moribundo depositó en ella una llave. El conde conoció al tacto que no era esta la llave de la puerta secreta.

— ¿ De qué es esta llave ? preguntó.

— Ireis á Carlentini, añadió el moribundo evitando responder á la pregunta ; preguntareis por la casa de Gaetano Cantarello : entrareis solo en esta casa, solo, ¿ ois ? En la alcoba hallareis á los piés de la cama un ladrillo sobre el que está marcada una cruz ; bajo aquel ladrillo hay una cajita, y en aquella cajita sesenta mil ducados ; los tomareis, son vuestros.

— ¿ Qué quiere decir toda esa historia ? preguntó el conde, ¿ acaso os conozco ? ¿ quiero yo heredaros ?

— Esos sesenta mil ducados os pertenecen, señor conde, porque han sido robados á vuestro tio el marqués de San Floridio de Mesina. Han sido robados por

mi, Gaetano Cantarello, su criado; y esto no es una herencia, es una restitucion.

— Herencia ó restitucion, poco me importa, exclamó el jóven; no son sesenta mil ducados los que yo busco aquí, ni está allí el secreto que yo quiero saber. Tomad, añadió el conde arrojando la llave á Cantarello, hé ahí la llave de vuestra casa; dadme en cambio la de esa puerta.

Y señaló con el dedo la puerta de la galería.

— Acercaos á tomarla, dijo Cantarello con voz moribunda, porque yo no tengo ya fuerza para dáros-la : aquí, aquí, en este bolsillo.

Don Fernando se adelantó sin desconfianza y se inclinó sobre el moribundo, pero este le cogió de repente con la mano izquierda con la desesperacion de la agonia, y volviendo á coger su espada con la mano derecha, le tiró una estocada que felizmente resbaló por un lado y no le hizo sino una leve herida.

— ¡ Ah ! miserable traidor ! exclamó el conde cogiendo una pistola de su cinturon y descargándola á boca de jarro sobre Cantarello, muere, pues, como un réprobo y como un perro, puesto que no quieres arrepentirte como un cristiano y como un hombre.

Cantarello cayó hácia atrás. Esta vez habia quedado muerto.

Don Fernando se aproximó á él con su segunda pistola en la mano, por temor de una nueva sorpresa : despues, seguro de que nada tenia que temer, le registró por todos lados ; pero en ningun bolsillo encontró la llave de la puerta secreta. Sin duda en la lucha, Can-

arello la habia arrojado detrás de él, esperando de este modo ocultarla á su adversario.

Entonces don Fernando recogió su linterna, que habia dejado caer, y se puso á buscar aquella llave que se le escapaba siempre de un modo tan extraño. Al cabo de algunos instantes, debilitado por la sangre que perdía, sintió zumbiar su cabeza como si todas las campanas de la capilla sonasen á la vez : los pilares que sostenian la bóveda le parecieron destacarse de la tierra y volverse hácia él ; se le figuró que las paredes se le acercaban y le ahogaban como las de una tumba. Se lanzó hácia la puerta de la capilla para respirar el aire puro y fresco de la mañana, mas apenas hubo dado diez pasos en aquella direccion, cayó desmayado.